

De la autora de *No logo* y *La doctrina del shock*

Doppelganger

UN VIAJE AL MUNDO DEL ESPEJO

Naomi
Klein

PAIDÓS

Naomi Klein

Doppelganger

Un viaje al mundo del espejo

Traducción de Ana Pedrero e Ignacio Villaro

PAIDÓS Estado y Sociedad

Título original: *Doppelganger*, de Naomi Klein

1.ª edición, enero de 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Naomi Klein, 2023

© de la traducción, Ana Pedrero Verge e Ignacio Villaro Gumpert, 2024

© de la traducción al inglés de «Jerusalén» de Yehuda Amichai, de *The Selected Poetry of Yehuda Amichai*, Chana Bloch y Stephen Mitchell, 2013. Reimpreso con permiso de University of California Press.

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2024

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4189-2

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 20.610-2023

Impresión y encuadernación en Black Print

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Introducción. Una Naomi de marca blanca	13
---	----

PRIMERA PARTE

DOBLE VIDA

1. Un <i>Occupy</i> en mis propias carnes	27
2. Entra en escena el covid, el multiplicador de amenazas	43
3. Mi marca hace aguas (o el caso «Call Me by Your Name»)	61
4. De cómo me conocí en el bosque	85

SEGUNDA PARTE

EL MUNDO DEL ESPEJO

5. Saben que existen los móviles	93
6. Líneas diagonales	115
7. Como MAGA, pero más	137
8. Ridículamente serio, seriamente enmudecidos	161
9. La ultraderecha y el terreno de lo rocambolesco	185
10. El autismo y la precuela del movimiento antivacunas	223

TERCERA PARTE

ZONAS DE SOMBRA

11. Calma, conspiración... capitalismo	257
--	-----

12. No hay más salida que dar media vuelta.	283
13. El nazi del espejo	307
14. El doble étnico del que no hay forma de desprenderse	319

CUARTA PARTE
AFRONTAR LA REALIDAD

15. Desensimismarse	363
Epílogo. ¿Quién es el doble?	389
Agradecimientos	397
Notas	401
Índice onomástico y de materias	437

Capítulo 1

UN OCCUPY EN MIS PROPIAS CARNES

La primera vez que ocurrió estaba en el cubículo de un baño público al lado de Wall Street, en Manhattan. Estaba a punto de abrir la puerta cuando oí a dos mujeres hablando sobre mí.

«¿Has visto lo que ha dicho Naomi Klein?»

Me quedé helada y me volvieron a la mente los recuerdos de todas las chicas que se habían metido conmigo en el instituto, y me sentí humillada antes de tiempo.

¿Qué había dicho?

«Algo como que la manifestación de hoy es mala idea.»

«¿Y quién le ha preguntado? Creo que no entiende lo que estamos reivindicando.»

A ver, un momento. Yo no había dicho nada ni sobre la manifestación ni sobre sus reivindicaciones. Entonces caí en la cuenta: sabía quién sí se había pronunciado. Me dirigí como si nada al lavabo, entablé contacto visual con una de las mujeres en el espejo, y dije unas palabras que repetiría con demasiada frecuencia en los meses y años siguientes.

«Me parece que de quien habláis es de Naomi Wolf.»

Corría el mes de noviembre de 2011 y estábamos en el punto álgido de Occupy Wall Street, el movimiento que llevó a grupos de jóvenes a acampar en parques y plazas públicas en muchas ciudades de Estados Unidos, Canadá, Asia y el Reino Unido. La revuelta nació al calor de la Primavera Árabe y las ocupaciones de las plazas en el sur de Europa promovidas por los jóvenes, que en su conjunto fueron un alarido colectivo contra la desigualdad económica y los delitos financieros, y que, con el tiempo, darían lugar a una nueva generación de políticos. Ese día, los organizadores de la acampada original de Manhattan habían convocado

una manifestación masiva que atravesaría el distrito financiero, y, a juzgar por la ropa negra y el delineador de ojos líquido que predominaba en aquel baño, ninguna de las presentes se estaba tomando un descanso de una larga jornada en el mercado de derivados.

Entendía por qué algunas de mis compañeras de manifestación se habían confundido de Naomi. Ambas escribimos libros con ideas muy potentes (yo *No Logo*, ella *El mito de la belleza*; yo *La doctrina del shock*, ella *The End of America [El fin de Estados Unidos]*; yo *Esto lo cambia todo*, ella *Vagina*). Las dos tenemos el cabello moreno y a veces se nos aclara de tantas mechas (ella lo lleva más largo y lo tiene más voluminoso). Ambas somos judías. Y lo que genera más confusión de todo es que, aunque anteriormente habíamos seguido carriles literarios distintos (el suyo era el de los cuerpos de las mujeres, la sexualidad y el liderazgo; mis temas eran los ataques corporativos contra la democracia y el cambio climático), en los días de Occupy, la marcada línea que en su día dividió dichos carriles había empezado a desdibujarse.

Antes del día del incidente del baño ya había ido a la plaza tomada por Occupy un par de veces, principalmente para hacer entrevistas sobre la relación entre la lógica del mercado y el colapso climático en el marco de lo que luego se convertiría en *Esto lo cambia todo*. Pero, durante mi visita, los organizadores me pidieron que diese una charla breve sobre el *shock* de la crisis financiera de 2008 y las terribles injusticias que la siguieron: los billones de dólares que se desembolsaron para salvar a unos bancos cuyas temerarias transacciones habían provocado la crisis, la estricta austeridad que se nos impuso a todos los demás, la corrupción legalizada que todo esto había sacado a relucir. Esas fueron las semillas de desconexión que los populistas de derechas de decenas de países terminarían explotando en beneficio de un proyecto político fervorosamente antiinmigración y «antiglobalista», entre los cuales se encuentra Donald Trump bajo el tutelaje de su asesor jefe, Stephen K. Bannon. Sin embargo, por aquel entonces muchos todavía teníamos la esperanza de que el colapso económico desencadenase un renacimiento democrático y marcase el inicio de una nueva era en que la izquierda cogería el timón, en que se pondría a raya al poder corporativo y en la que las democracias más debilitadas se sentirían empoderadas para atajar las múltiples y crecientes emergencias a las que nos enfrentamos, entre ellas la climática. De eso trató mi parlamento en

Occupy. A cualquiera que lo vea ahora le darán ganas de llorar de lo ingenua que era.¹

Naomi Wolf, en su momento abanderada del feminismo de los noventa, también había entrado en contacto con las manifestaciones, y supongo que de ahí surgió la confusión. Había escrito varios artículos en los que defendía que la mano dura con la que se había actuado sobre Occupy demostraba que Estados Unidos se estaba convirtiendo en un Estado policial. Ese era el tema de su libro *The End of America*, en el que detallaba los «10 pasos» que según ella siguen todos los Gobiernos en su camino hacia el fascismo más descarado. La evidencia en la que apoyaba su tesis de que aquel despiadado futuro ya había llegado era la agresividad con la que se estaba restringiendo la libertad de los manifestantes de Occupy. El Ayuntamiento no permitía el uso de megáfonos y sistemas de sonido en el parque y había habido una serie de detenciones masivas. En sus artículos, Wolf defendía que los activistas debían desafiar la restricción de su libertad de expresión y de reunión para evitar el golpe de Estado que —insistía— estaba ocurriendo justo delante de sus narices. Los manifestantes, que no querían dar excusas a la policía para evacuar la acampada de la protesta, optaron por adoptar una táctica distinta y servirse de lo que vino a llamarse el «micrófono humano» (el cual consiste en que la multitud repite las palabras del orador para que todo el mundo pueda oírlas).

Ese no fue el único punto de discordancia entre Wolf y los organizadores. Para bien o para mal, los miembros de Occupy habían dejado muy claro que su movimiento no tenía ninguna agenda política, es decir, que no había dos o tres exigencias políticas que los políticos pudiesen atender para mandarlos a casa contentos. Wolf insistía en que aquello no era cierto; decía que el movimiento tenía exigencias específicas y que ella las había descubierto: «Descubrí qué quería en realidad el movimiento de Occupy Wall Street», escribió para *The Guardian*, donde explicaba: «Empecé a buscar respuestas a la pregunta “¿Qué queréis?” en internet» entre personas que se identificaban como activistas de Occupy.² Sin tener en cuenta el compromiso del movimiento con la democracia radical y participativa, Wolf convirtió los resultados de su poco sistemático sondeo en una breve lista de exigencias y se encomendó a sí misma la tarea de entregársela a Andrew Cuomo, gobernador de Nueva York, en una velada

organizada por *The Huffington Post* a la que tanto ella como Cuomo acudieron como invitados.

La cosa se volvió aún más extraña. Tras no poder acceder a Cuomo en el evento, Wolf salió para dirigirse espontáneamente a los manifestantes de Occupy Wall Street que se encontraban en la acera y, mientras los informaba de cuáles eran sus exigencias y les decía que las estaban exigiendo mal porque «la primera enmienda les daba derecho a usar un megáfono»,³ consiguió que la detuvieran enfundada en un vestido de gala de color burdeos en una refriega documentada por un montón de cámaras. A eso se referían las mujeres del baño cuando hablaban sobre que «Naomi Klein» no entendía qué querían.

En su momento, la atención que presté a las excentricidades de Wolf no pasó de ser secundaria, ya que no era más que una de las muchas cosas extrañas que rodearon a Occupy durante aquel ajetreteado otoño. Un día empezó a correr el rumor entre los acampados de que Radiohead iba a dar un concierto gratis, pero luego se descubrió que había sido una broma muy elaborada y que el grupo no se había movido de Inglaterra. Al día siguiente, Kanye West y Russell Simmons sí se acercaron, acompañados de su séquito, cargados de regalos para los manifestantes. Luego llegó el turno de Alec Baldwin. En aquel ambiente circense, que una autora que estaba a mitad de su carrera acabase esposada mientras intentaba sin éxito dar órdenes a unos manifestantes a los que doblaba la edad era un incidente de muy poca trascendencia.

Sin embargo, tras el episodio del baño, consciente de pronto de que algunas de las cosas que Wolf andaba haciendo me estaban afectando negativamente, empecé a prestarle más atención. Aquello era cada vez más raro. Después de que la policía evacuase los parques y las plazas que Occupy había tomado con sus acampadas a lo largo y ancho de Estados Unidos, escribió un artículo en el que afirmaba, sin ningún tipo de prueba, que las órdenes habían llegado directamente del Congreso y de la Casa Blanca de Barack Obama.

«Cuando unes los puntos», escribía Wolf, todo cobraba sentido.⁴ Las medidas enérgicas que se habían tomado contra Occupy Wall Street eran «la primera batalla de una guerra civil [...]. Es una batalla en la que los miembros del Congreso, con la connivencia del presidente de Estados Unidos, ejercieron una represión violenta y organizada contra las personas

a las que se supone que deben representar». Wolf declaró que aquello marcaba el inicio definitivo de un régimen totalitario; era algo que ya había dicho antes, durante el mandato de George W. Bush, cuando predijo con total seguridad que Bush no permitiría que se celebrasen las elecciones generales de 2008 (sí las permitió), y que volvería a decir muchas veces más en los años que siguieron. «Por desgracia, esta semana los estadounidenses estamos un paso más cerca de convertirnos en verdaderos hermanos y hermanas de los manifestantes de la plaza Tahrir», escribió. «Como en su caso, nuestros propios líderes nacionales [...] están librando una guerra contra nosotros.»⁵

Los saltos lógicos ya eran tremendos, pero para mí lo peor era que el nuevo punto de vista que planteaba Wolf sobre los abusos del poder corporativo y político durante los estados de emergencia, algo por lo que había pasado de puntillas en *The End of America*, me hacía sentir como si estuviese leyendo una parodia de *La doctrina del shock* en la que todos los hechos y las evidencias se hubiesen eliminado minuciosamente y donde se alcanzaban unas conclusiones tan generalizadas que caían en el absurdo y que yo jamás propondría. Y aunque todavía no se me confundía con mi *doppelgänger* con demasiada frecuencia, sabía que algunos me atribuirían las teorías de Wolf. Era una experiencia extracorpórea. Recuperé los artículos sobre su detención vestida de punta en blanco y una línea en *The Guardian* me dejó de piedra: «Su pareja, el productor cinematográfico Avram Ludwig, también fue detenido».⁶

Le leí la frase a mi pareja, el director y productor de cine Avram Lewis (a quien llamamos Avi).

«¿Es una puta broma?», preguntó.

«Ya», dije. «Es como una maldita conspiración.» Y estallamos en carcajadas.

En la década que ha pasado desde *Occupy*, Wolf ha unido los puntos entre una cantidad casi inimaginable de retazos de hechos reales y fantásticos. Ha hecho especulaciones que carecen de fundamento sobre el denunciante de la Agencia de Seguridad Nacional Edward Snowden («no es quien dice ser», insinuando que es un espía en activo);⁷ sobre los soldados estadounidenses enviados a construir hospitales de campaña en África occidental durante el brote de ébola de 2014 (no fue un intento de detener la propagación del virus, sino un complot para llevarlo a Estados Unidos

y justificar «confinamientos masivos» en casa);⁸ sobre las decapitaciones de rehenes británicos por parte de ISIS (es posible que no fuesen asesinatos reales, sino operaciones encubiertas falsas organizadas por el Gobierno de Estados Unidos con la participación de actores de crisis);⁹ sobre la detención de Dominique Strauss-Kahn, ex director ejecutivo del Fondo Monetario Internacional, a consecuencia de las alegaciones de que había agredido sexualmente a una camarera de piso en una habitación de hotel en la ciudad de Nueva York (se acabaron retirando los cargos contra él y se llegó a un acuerdo en un pleito civil, pero Wolf se preguntaba si no habría sido una operación del «servicio de inteligencia»¹⁰ diseñada para apartar a Strauss-Kahn de las elecciones francesas en las que había sido «el que más posibilidades tenía de derrotar a Nicolas Sarkozy»); sobre los resultados del referéndum que preguntaba sobre la independencia de Escocia de 2014, en el que el «no» ganó con un margen superior al 10 % (fue potencialmente fraudulento, afirmaba Wolf, según una serie de testimonios que recopiló);¹¹ sobre el *Green New Deal* (que no era lo que exigían los movimientos de base para la justicia climática, decía, sino otro encubrimiento del «fascismo» orquestado por las élites).¹²

En una época como esta, marcada por una concentración extrema de la riqueza y la aparente impunidad infinita de los poderosos, es perfectamente racional, incluso sensato, comprobar la veracidad de las historias oficiales. El periodismo de investigación tiene como misión indispensable destapar conspiraciones reales, algo en lo que profundizaré más adelante. Sin embargo, mi *doppelganger* no se estaba dedicando a la investigación seria cuando soltó sus teorías de pacotilla sobre Snowden, ISIS y el ébola. Tampoco cuando vio confabulaciones en unas nubes de apariencia extraña (sobre las cuales ha dado a entender que forman parte de un programa secreto de la NASA para rociar el cielo de «aluminio a escala global», con lo que podrían estar causando epidemias de demencia).¹³ Tampoco lo hizo cuando compartió unas reflexiones verdaderamente excepcionales en Twitter sobre las redes móviles de 5G, incluida esta: «Fue increíble ir a Belfast, donde todavía no hay 5G, y sentir la tierra, el cielo, el aire, la experiencia humana, tal como era en los años setenta. Calmada, tranquila, pacífica, sosegada, natural». ¹⁴ Tal observación desencadenó una de esas avalanchas transnacionales que caracterizan a la plataforma, en la que la mayoría le hacía saber que (1) el 5G ya había entrado en funcionamiento

en Belfast para cuando ella fue de visita, y (2) en los años setenta Irlanda del Norte estaba inmersa en un terrible conflicto armado y violento que se cobró miles de vidas.

Puede parecer difícil creer que todo esto provenga de la misma autora que escribió *El mito de la belleza* como becaria Rhodes en la Universidad de Oxford. «Lo que aprenden las niñas no es el deseo por el otro, sino el deseo a ser deseadas», escribió entonces.¹⁵ «Las niñas aprenden a ver su sexo con los niños; eso ocupa un espacio que deberían dedicar a descubrir qué quieren, qué leen y qué escriben acerca de él, a buscarlo y encontrarlo. El sexo es un rehén de la belleza y los términos del rescate se graban muy pronto y profundamente en las mentes de las niñas por medio de unos instrumentos más bellos que los que los publicistas o los pornógrafos saben utilizar: la literatura, la poesía, la pintura y el cine.»

El libro contenía errores estadísticos graves, un presagio de lo que estaba por venir, pero también había en él un minucioso trabajo de archivo.¹⁶ Los escritos que Wolf publica en internet hoy día son tan frenéticos y fantasiosos que puede resultar asombroso leer sus palabras de entonces y recordar que se trata de una persona que sentía un evidente amor por la lengua, que reflexionó profundamente sobre las vidas interiores de las niñas y las mujeres, y que contaba con una visión propia para su liberación.

A inicios de la década de 1990, Germaine Greer dijo de *El mito de la belleza* que era «la publicación feminista más importante desde *La mujer eunuco*»¹⁷ (el superventas de la propia Greer publicado en 1970). En parte, fue gracias a que salió en el momento justo. Tras la década perdida de los ochenta —cuando el feminismo de pronto era demasiado grosero y sincero como para aparecer en horario de máxima audiencia—, los medios de comunicación corporativos estaban listos para declarar una tercera ola del movimiento de las mujeres, y *El mito de la belleza* alzó a Wolf como su telegénico rostro. No puede decirse que fuese la primera autora feminista en poner en evidencia los cánones de belleza imposibles que se imponen a las mujeres, pero tenía un punto de vista único. El eje central del argumento de Wolf era que, en los años ochenta, igual que el feminismo de segunda ola había logrado más igualdad para las mujeres en la educación superior y en el trabajo, la presión a la que estaban sometidas las mujeres para cumplir con unos patrones absurdos de delgadez y belleza había au-

mentado bruscamente, lo que las dejó en inferioridad de condiciones para competir con los hombres en sus campos profesionales. No era ninguna coincidencia, decía. «Las élites en el poder»¹⁸ sabían, escribía Wolf, que sus trabajos peligrarían si las mujeres tenían la libertad de ir subiendo sin carga alguna, y eso debía «impedirse, o la élite que tradicionalmente ha ostentado el poder se verá desfavorecida». El «mito» de la belleza se había inventado, especulaba, para mermar el poder y la concentración de las mujeres, es decir, para que estuviesen ocupadas con su máscara de pestañas y unas dietas que las mataban de hambre en lugar de ser libres de subir peldaños en sus carreras y ganarles el pulso a sus rivales masculinos. En esencia, planteaba que los intensos cánones de belleza de los años ochenta fueron una reacción en contra del feminismo de los años setenta. Y aun así, el feminismo con el que Wolf proponía contraatacar no era un salto a las exigencias radicales de los años sesenta y setenta, un momento en el que el feminismo había estado muy ligado al antiimperialismo, al antirracismo y al socialismo, y en que las activistas habían formado sus propios colectivos, habían fundado publicaciones del movimiento y se habían presentado como candidatas políticas insurgentes cuyo objetivo era cuestionar y transformar los sistemas de poder dominantes desde fuera. Al contrario: igual que Bill Clinton y Tony Blair alejaron a sus respectivos partidos de las políticas que abogaban por la existencia de servicios públicos universales y por la redistribución de la riqueza y los llevaron hacia una «tercera vía» promercado y promilitarista, la versión de Wolf de la tercera ola del feminismo marcaba un camino hacia el centro, un camino que poco tenía que ofrecer a las mujeres de clase trabajadora pero que prometía la luna a las mujeres blancas, de clase media y con educación superior como ella. Dos décadas antes del *Vayamos adelante* de Sheryl Sandberg, Wolf publicó su segundo libro, *Fire with Fire* [*Fuego con fuego*], en el que apelaba al feminismo para que abandonase su dogma y abrazase la «voluntad de poder».¹⁹ Siguió su propio consejo. En lugar de construir poder dentro del movimiento de las mujeres, tal como habían hecho sus predecesoras feministas, se lanzó como un misil hacia el corazón del *establishment* liberal tanto en la ciudad de Nueva York como en Washington, D.C. Se casó con un periodista que terminaría escribiéndole los discursos a Bill Clinton y como editor de *The New York Times*; ejercía de consultora con el equipo de campaña de Dick Morris, quien jugó un

papel crucial en el bandazo hacia la derecha de Clinton, y contribuyó a fundar un instituto de liderazgo para mujeres. No parecía que Wolf quisiese terminar con las estructuras de poder de las élites, sino formar parte de ellas.

La prensa adoraba a Wolf, quien, en su primera década como personaje público, se parecía mucho a Valerie Bertinelli en la que fue mi serie favorita de pequeña, *One Day at a Time*. No solo se mostraba serena y hermosa mientras hacía pedazos la industria de la belleza, sino que escribía sobre sexo y el derecho al placer de las mujeres jóvenes con un estilo gráfico y atrevido.

Muchas teóricas del feminismo de gran brillantez que llegaron antes y después de Wolf establecieron conexiones muy potentes entre experiencias íntimas —como violaciones, abortos, violencia doméstica, fetichismo sexual basado en la raza, enfermedades y dismorfia de género— y las estructuras sociales de las que fueron producto. La década de 1980 había estado repleta de este tipo de libros, muchos de ellos escritos por autoras negras: *¿Acaso no soy yo una mujer?*, de bell hooks; *Mujeres, raza y clase*, de Angela Davis, y *Hermana otra*, de Audre Lorde, entre otros. *Los monólogos de la vagina*, la revolucionaria obra de teatro feminista escrita por Eve Ensler (que ahora se llama V), se representó por primera vez cuatro años después de la publicación de *El mito de la belleza*. Estas obras contenían revelaciones personales que ayudaron a hilvanar movimientos masivos a favor de la justicia colectiva en los que lo personal se volvía político. Lo que diferenciaba los escritos de Wolf de este tipo de intelectuales del movimiento era una aparente escasez de curiosidad sobre las vidas de las mujeres que no eran ella, y de las mujeres cuyas vidas eran notablemente distintas de la suya. Esto ya se veía en su primer libro, el cual de algún modo logró ser un estudio del impacto de los ideales de belleza blancos y europeos sin entrar en sus impactos específicos y profundos en las mujeres negras, asiáticas y, en general, no blancas (por no hablar de las mujeres *queer* y *trans*).

Aunque siempre hubo escépticos —la rival de Wolf, Camille Paglia, la ninguneó por ser «una pensadora del nivel de la revista *Seventeen*»[★]—,²⁰ las críticas a su trabajo raramente salían de los confines de los departamen-

★ Conocida revista para adolescentes. (*N. de la t.*)

tos de estudios de la mujer. Y para cuando la década ya tocaba a su fin, a Wolf se la consideraba ya como una autoridad sobre asuntos femeninos de tal altura que, durante las elecciones a la presidencia del año 2000, Al Gore, el candidato del Partido Demócrata, la contrató para que lo asesorase sobre cómo ganarse el voto femenino. Su consejo, que hizo correr ríos de tinta, fue que Gore debía dejar de vivir a la sombra de Bill Clinton, dejar de ser un «macho beta» y convertirse en un «macho alfa»,²¹ en parte vistiendo con trajes de colores tierra para aportar calidez a su aspecto. Wolf negó haber proporcionado consejos de moda, pero la situación no dejó de despertar un aluvión de burlas, entre ellas las de Maureen Dowd, de *The New York Times*, quien escribió que «La señora Wolf es el equivalente moral de una camisa de Armani, porque el señor Gore se ha gastado un dineral en algo básico».²²

Entrado ya el nuevo milenio, algo cambió en Wolf. Quizá fue por la pérdida electoral de Gore (o el robo electoral de George W. Bush) y porque algunas de las recriminaciones posteriores a la votación se centraron en su controvertido papel en la campaña. Quizá hubo algo más personal, como un matrimonio que se venía abajo con dos niños pequeños (se ha referido a «un año de caos, justo después de cumplir los cuarenta»)²³. Fuese cual fuese la causa, el elevado perfil de Wolf cayó significativamente a principios y mediados de la década de los 2000. En 2005, publicó un libro breve titulado *The Treehouse: Eccentric Wisdom from My Father on How to Live, Love, and See* [*La casita del árbol. Los excéntricos consejos de mi padre sobre cómo vivir, amar y ver*]. En esta versión padre-hija de *Martes con mi viejo profesor*, Wolf se presenta como una hija pródiga que regresa, tras décadas de rebeldía, al redil paterno. Su padre, Leonard Wolf, le enseña a construir una elaborada casita del árbol para su hija y cómo llevar una vida feliz.

Durante sus días como intelectual feminista, escribe Wolf, había valorado los hechos objetivos y el cambio material, lo que iba en contra de lo que su padre, poeta y académico literario especializado en los géneros gótico y de terror, le había enseñado a apreciar: «Mi padre me había criado para que respetase el poder de la imaginación por encima de todo».²⁴ Leonard, escribe, sabía que «el corazón» importaba «más que los hechos, los números y las leyes».²⁵ En aquel entonces, la mayoría de los críticos lo consideraron un consejo benigno, aunque cursi, sobre la creatividad. Sa-

biendo lo que sabemos ahora, teniendo en cuenta la creatividad con la que Wolf terminaría jugando con los hechos, los números y las leyes relacionados con el covid,²⁶ se parece más al mal agüero de uno de los libros favoritos de ficción gótica de Leonard Wolf.

Al margen de esto, lo que me llamó la atención de *The Treehouse* fue una de las principales lecciones de vida de Leonard, su directriz de «destruir la caja».²⁷ Según Wolf, su padre le dijo: «Antes de empezar siquiera a pensar en encontrar tu propia voz, debes rechazar las cajas [...]. Hazlas pedazos».²⁸ Wolf dio énfasis a aquella idea: «Fíjate en qué caja estás y ponte a destruirla».

Hasta ese momento, tal como ella misma había admitido, había estado totalmente metida en la caja feminista. Pero dos años después, en 2007, la destruyó al sacar su paranoico y patriótico *The End of America*. En él no hacía ninguna mención a los problemas de las mujeres, y parecía haberse vuelto en contra de las instituciones de élite en las que en el pasado tanto se había esforzado por entrar. Ahora le interesaba un tema nuevo: las formas en que el autoritarismo se alza en sociedades hasta el momento libres y los peligros de las maniobras encubiertas de los Gobiernos.

Echando la vista atrás, aquí es donde empezaron mis problemas; el momento en que Wolf dejó de parecerse a ella misma —a la Naomi que escribía libros sobre las batallas que se libraban sobre los cuerpos de las mujeres— y empezó a sonar, bueno, más como yo, como la Naomi que escribe sobre la explotación corporativa de los estados de *shock*. ¿Estoy diciendo que esa confusión fuese intencionada por parte de Wolf? En absoluto. Solo profundamente desafortunada.

Pero no fue solo ese libro. En 2018 empecé a escribir sobre el *Green New Deal*. Ella también lo hizo poco después, solo que con esos giros conspiranoicos suyos. Empecé a publicar sobre los peligros de la geoingeniería como respuesta a la crisis climática, centrándome especialmente en cómo las simulaciones de volcanes de gran altitud pensadas para atenuar parcialmente la luz solar corrían el riesgo de interferir con las lluvias en el hemisferio sur. Ella estaba ocupada especulando en las redes sociales sobre la siembra de nubes con sustancias químicas y los envenenamientos masivos encubiertos. Yo basaba mis escritos en decenas de artículos de revisión por pares y logré tener acceso a dos congresos de geoingeniería cerrados al público, donde entrevisté a varios de los científicos principa-

les que llevaban a cabo investigaciones de laboratorio sobre el envío de partículas a la atmósfera superior para controlar la radiación solar. Ella empezó a sacar fotografías de las nubes que iba viendo al norte del estado de Nueva York y en Londres, lo que llevó a la revista medioambiental *Grist* a declarar, en 2018, que «Wolf es una conspiranoica de las nubes».²⁹

Siempre he sabido cuándo anda atareada porque al momento se me colapsan las notificaciones de menciones en las redes sociales, donde se me acusa y se me condena («No me puedo creer que haya respetado a Naomi Klein. ¿Qué coño le ha pasado?») o se me profesa una falsa compasión («La víctima real de todo esto es Naomi Klein» y «Nuestras oraciones están con Naomi Klein»).

¿Es muy frecuente esta fusión de identidades? Pues hasta el punto de que existe un poema viral, publicado por primera vez en octubre de 2019, que aparece invariablemente en esos momentos y que se ha compartido miles de veces:

If the Naomi be Klein
you're doing just fine
If the Naomi be Wolf
Oh, buddy. Oooooof.*³⁰

Como en cualquier historia de *doppelgangers*, la confusión es mutua. Wolf tiene una base de seguidores amplia y aparentemente fiel en varias plataformas, y en ocasiones la he visto corregir a alguien diciéndole que se siente halagada, pero que no, ella no escribió *La doctrina del shock*.

Durante gran parte de la primera década de la confusión, mi estrategia pública consistió en la negación deliberada. En privado me quejaba a mis amigos y a Avi, claro, pero en público casi siempre guardaba silencio. Incluso cuando, en 2019, Wolf empezó a etiquetarme a diario en sus tuits sobre el *Green New Deal* con la clara intención de arrastrarme a un debate sobre su teoría infundada de que era una especie de doctrina del *shock* ecologista —un plan malvado de banqueros y capitalistas de riesgo para hacerse con el poder utilizando la emergencia climática como excusa—,

* En castellano: «Si la Naomi es Klein, / todo bien. / Si la Naomi es Wolf / ay, amigo. Uuuuuf». (N. de la t.)

no entré al trapo. No intenté corregir la confusión. No me uní a los que se mofaban de ella.

Me lo planteé, pero nunca terminó de parecerme sensato. Que te confundan constantemente con otra persona supone una cierta humillación, ya que viene a confirmar lo intercambiable, olvidable o ambas cosas que eres. Ese es el problema de los *doppelgangers*, que cualquier cosa que hagas para aclarar la confusión solo atraerá más atención, y corres el riesgo de consolidar todavía más esa inoportuna asociación en la mente de los demás.

Así, las confrontaciones con nuestros *doppelgangers* siempre dan pie a preguntas existenciales desestabilizadoras. ¿Soy quien creo que soy o soy quien los demás perciben que soy? Y si el suficiente número de personas empieza a ver a otra persona como si fuese yo, entonces ¿yo quién soy? Naturalmente, los *doppelgangers* no son la única forma en que podemos perder el control sobre nosotros mismos. La identidad que nos construimos con tanto esmero se puede hacer añicos en un instante y de muchas maneras, ya sea por culpa de un accidente discapacitante, de un brote psicótico o, actualmente, a manos de una cuenta pirateada o un vídeo ultrafalso. Ahí radica el eterno atractivo de los *doppelgangers* en novelas y películas: la idea de que dos desconocidos puedan ser indistinguibles entre ellos alude al frágil núcleo de nuestra identidad, a la verdad incómoda de que, por mucho que nos esforcemos por cuidar nuestra vida personal y nuestra imagen pública, la persona que creemos ser es intrínsecamente vulnerable a unas fuerzas que escapan a nuestro control.

François Brunelle, un artista de Montreal que lleva décadas fotografiando a parejas de *doppelgangers* para un proyecto llamado *I'm Not a Look-Alike!* [*¡No soy un doble!*], lo expresó como sigue: «En algún lugar del mundo, hay alguien que se mira al espejo y ve más o menos lo mismo que yo cuando me miro. Lo que nos reduce a la pregunta: ¿quién soy, exactamente? ¿Soy lo que veo en mi reflejo u otra cosa que es imposible de definir e invisible a los ojos, incluso a los míos?».³¹

En las decenas de libros que se han escrito sobre personas que se encuentran con sus dobles, la aparición de los *doppelgangers* siempre presagia que la vida del protagonista está a punto de dar un vuelco, porque el doble hará que sus amigos y familiares se vuelvan en su contra, destruirá su carrera o lo inculpará de delitos, y —muy a menudo— se acostará con su cónyuge o pareja. Un tropo habitual de este género es la incómoda duda

sobre si el doble existe de verdad. ¿Se trata de un desconocido idéntico o de un gemelo desaparecido? O lo que es peor aún, ¿es el doble un producto de la imaginación del protagonismo, la expresión de la inestabilidad del subconsciente?

En el relato breve de Edgar Allan Poe «William Wilson», por ejemplo, el lector empieza creyéndose la «detestable coincidencia»³² de que existe otra persona que se llama igual, nació el mismo día y tiene el mismo aspecto general que el ostentoso narrador. Sin embargo, enseguida asoman las sospechas de que las coincidencias son un poco demasiado perfectas. Al final, está claro que el doble, incapaz de elevar la voz «por encima de un tenue susurro», jamás existió fuera del subconsciente paranoide y cargado de autodesprecio del narrador y que, al matar a su «archienemigo y genio perverso»,³³ William Wilson había acabado con su propia vida. El mismo destino le espera al protagonista de la novela de Oscar Wilde *El retrato de Dorian Gray*, en la que se cuenta la historia de un hombre vanidoso y lujurioso que, después de que le pinten un retrato, hace un pacto demoníaco para mantenerse joven y hermoso para siempre. Mientras Gray conserva su juventud, el rostro del retrato va envejeciendo y afeándose, casi como si fuese su *doppelganger*. Cuando Gray intenta destruir a su repugnante doble, es él quien termina marchitado y sin vida en el suelo.

Todo este lío me sitúa a la altura mental de mi perra, Smoke, quien, cada día al ponerse el sol, ve su reflejo en el cristal de la puerta principal y empieza a ladrar con todas sus fuerzas. Está claro que está convencida de que una adorable cockerpoo blanca, su *doppelganger* (¿o «dogpelganger?»), tiene el firme objetivo de entrar en su casa, comerse su comida y despojarla del cariño de sus humanos.

«Eres tú», le digo a Smoke con mi voz más tranquilizadora, pero siempre se le olvida. He aquí la trampa de enfrentarte a tu *doppelganger*: puedes ladrar tanto como quieras, pero siempre terminarás enfrentándote a ti misma.

ESA NO SOY YO

Había otra razón por la que no me molesté demasiado en corregir a los demás durante los primeros años de problemas con mi *doppelganger*: con la salvedad del incidente del baño de Manhattan, parecía que solo me confun-

dían con Naomi Wolf en las redes sociales. Mis amigos y colegas sabían quién era yo, y cuando interactuaba con personas a quienes no conocía en el mundo físico, su nombre no salía en la conversación; tampoco nos mezclaban en artículos ni en reseñas literarias. Por eso metí la confusión con Naomi en el archivador de «cosas que pasan en internet pero que no son del todo reales» (en aquellos tiempos en los que éramos lo suficientemente necios como para hacer eso mismo con todo tipo de cosas). Me dije que no me estaban confundiendo con Wolf, sino que nuestros avatares digitales —nuestras fotos del tamaño de una miniatura y las cajitas que definían los parámetros de nuestro discurso en dichas plataformas— se estaban intercambiando erróneamente, igual que descafeinaban y desdibujaban tantas otras cosas.

En aquel entonces, el problema me parecía más estructural que personal. Un puñado de hombres jóvenes se habían hecho inconcebiblemente ricos diseñando unas plataformas tecnológicas que, en nombre de la «conexión», no solo nos permitían poner la oreja en conversaciones entre desconocidos, sino que nos animaban activamente a que buscásemos los intercambios en los que se nos mencionaba por el nombre (es decir, nuestras «menciones»). En cierto modo, fue perfecto que la primera vez que escuché mi nombre confundirse con el de Wolf fuese en una conversación en un baño público que oí por casualidad. Cuando me hice una cuenta en Twitter e hice clic en el icono de la campanita que representaba mis «menciones», eso fue lo primero que pensé: estaba leyendo lo que se había pintarrajeado sobre mí en la pared de un baño que podía deslizar hacia abajo eternamente.

Teniendo en cuenta mi historial como chica de instituto sobre la que se escribía a menudo en el baño, la experiencia me resultó tan familiar como profundamente desgarradora. Supe al instante que Twitter no iba a ser bueno para mí, y aun así, como nos pasa a tantos, no podía dejar de mirar. Por eso, si tuviese que haberme quedado con algún mensaje de la desestabilizadora aparición de mi *doppelganger*, sería este: deja de una vez de escuchar las conversaciones ajenas sobre ti en este baño global, asqueroso y atestado de gente al que llamamos redes sociales.

Y puede que hubiese terminado prestando atención a ese mensaje... si el covid no hubiese intervenido.